

COMMENTAIRE COMPOSÉ DE LITTÉRATURE ESPAGNOLE

Commentez, en espagnol, le texte suivant :

Donde Rutilio da cuenta de su vida

—Mi nombre es Rutilio; mi patria, Sena, una de las más famosas ciudades de Italia; mi oficio, maestro de danzar, único en él y venturoso, si yo quisiera. Había en Sena un caballero rico, a quien el cielo dio una hija más hermosa que discreta, a la cual trató de casar su padre con un caballero florentín y, por entregársela adornada de gracias adquiridas (ya que las del entendimiento le faltaban) quiso que yo la enseñase a danzar: que la gentileza, gallardía y disposición del cuerpo en los bailes honestos más que en otros pasos se señalan y a las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré a enseñarla los movimientos del cuerpo, pero movíla los del alma, pues, como no discreta, como he dicho, rindió la suya a la mía, y la suerte, que de corriente larga traía encaminadas mis desgracias, hizo que, para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre y la llevase a Roma. Pero como el amor no da baratos sus gustos y los delitos llevan a las espaldas el castigo, pues siempre se teme, en el camino nos prendieron a los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesión y la mía, que fue decir que yo llevaba a mi esposa y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligó al juez, movió y convenció a sentenciarme a muerte.

»Apartáronme en la prisión con los ya condenados a ella por otros delitos no tan honrados como el mío. Visitóme en el calabozo una mujer que decían estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman hechiceras, que la alcaidesa de la cárcel había hecho soltar de las prisiones y llevádola a su aposento, a título de que con yerbas y palabras había de curar a una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban a curarla. Finalmente, por abreviar mi historia (pues no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca) viéndome yo atado y con el cordel a la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden ni esperanza de remedio, di el sí a lo que la hechicera me pidió de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que, aquella misma noche del día que sucedió esta plática, ella rompería las cadenas y los cepos y, a pesar de otro cualquier impedimento, me pondría en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela, no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche y, en la mitad de su silencio, llegó a mí y me dijo que asiese de la punta de una caña que me puso en la mano, diciéndome la siguiese. Turbéme algún tanto, pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prisión de par en par abiertas y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados.

»En saliendo a la calle, tendió en el suelo mi guiadora un manto y, mandándome que pusiese los pies en él, me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones. Luego vi mala señal; luego conocí que quería llevarme por los aires y aunque, como cristiano bien enseñado, tenía por burla todas estas hechicerías, como es razón que se tengan, todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo y, en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni más ni menos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el manto comenzó a levantarse en el aire, y yo comencé a temer

poderosamente, y en mi corazón no tuvo santo la letanía a quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo y presentir mis rogativas y volviómelo a mandar que las dejase. “¡Desdichado de mí! –dije– ¿Qué bien puedo esperar si se me niega el pedirle a Dios, de quien todos los bienes vienen?” En resolución, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos (que no son otras las postas¹ de las hechiceras) y, al parecer, cuatro horas o poco más había volado cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida.

»Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dijo: “En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte”. Y, diciendo esto, comenzó a abrazarme no muy honestamente. Apartéla de mí con los brazos y, como mejor pude, divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya visión me heló el alma, me turbó los sentidos y dio con mi mucho ánimo al través. Pero, como suele acontecer que, en los grandes peligros, la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mías me pusieron en la mano un cuchillo que acaso en el seno traía, y con furia y rabia se le hincó por el pecho a la que pensé ser loba, la cual, cayendo en el suelo, perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre a la desventurada encantadora.

»Considerad, señores, cuál quedaría yo, en tierra no conocida y sin persona que me guiase. Estuve esperando el día muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubría señal de que el sol viniese. Apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí. Volví muy a menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas y parecíame, según el curso que habían hecho, que ya había de ser de día. Estando en esta confusión, oí que venía hablando, por junto de donde estaba, alguna gente, y así fue verdad; y, saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana que me dijese qué tierra era aquella, y uno de ellos, asimismo en italiano, me respondió: “Esta tierra es Noruega; pero, ¿quién eres tú que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan?” “Yo soy –respondí– un miserable que, por huir de la muerte, he venido a caer en sus manos”. Y en breves razones le di cuenta de mi viaje y aun de la muerte de la hechicera. Mostró condolerse el que me hablaba, y díjome: “Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuéntase dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficis y encantadores. Cómo esto pueda ser, yo lo ignoro y, como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio y permisión de Dios y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente”.

Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617).

¹ *postas*: caballos para viajes rápidos.